



# LA CAIDA DEL NEGUS

**E**N los años treinta, los antifascistas habían hecho de este hombre un símbolo de la voracidad incalculable y despiadada del fascismo. Los italianos del Duce, con todo el acompañamiento ruidoso y teatral de sus canciones, discursos, frases, uniformes y gestos, habían invadido Abisinia, quizá (con Liberia) la única nación independiente de África, y el Negus se refugiaba en Londres, donde poco después irían a parar otros reyes, otros gobernantes, a los que a su vez había atacado la gran marea negra nazi-fascista. Era una figurilla tristemente cómica, con un sombrero hongo, una capita corta y un patético paraguas civil. Nada más desmesurado que el nombre de Haile Selassie, que significaba «Fuerza de la Trinidad» para este hombre de mirada infinitamente triste, que parecía desamparado, perdido en el complejo mundo occidental, escasamente dotado para la oratoria. ¿Cómo ver en él al descendiente del legendario abrazo apasionado del Rey Salomón y la Reina de Saba? No había que ver, tampoco, al tirano que ya era, al terrible señor de vidas y haciendas. Lo que se veía era un pueblo de guerreros descalzos armados de lanzas que resistía las bombas, las ametralladoras de los vuelos rasantes y los cañones del fascismo, lanzados desde Eritrea. Cada una de sus victorias locales —Mussolini tardó dos años en conquistar el país, a pesar de su abundancia de medios— era acogida en el mundo con la esperanza de que, finalmente, el fascismo no era infalible ni invencible. Entre 1935 y 1937, la aventura italiana en Etiopía fue seguida por todos como treinta y tantos años, más tarde se seguiría la guerra de Vietnam.

Gobernar Etiopía no ha sido nunca una tarea fácil. Una dinastía que conserva el poder incesantemente desde hace miles de años; según la leyenda oficializada, tiene un enjambre de parientes,

una Corte complicada, una aristocracia orgullosa: todos pretenden la legitimidad, y la defienden con intrigas o levantamientos. Si el Negus es Rey de Reyes, es porque en realidad una gran parte de sus cortesanos pretenden ser Reyes, o con derecho a serlo. La dinastía a veces se preserva por medios increíbles. Una vez escuché en París el relato de un médico que decía haberlo sido de la Corte de Addis Abeba. Una princesa, hija del Negus, esperaba un hijo, que sería descendiente en línea directa de la dinastía reinante. Cuando se presentó el parto, el médico acudió a palacio para atender a la princesa. Pero el parto se presentó mal y el niño nació muerto. El doctor volvió a su casa a descansar: le despertó el ruido de unos cañonazos. Preguntó la causa y le dijeron que eran salvadas porque la princesa había tenido aquella noche un hijo varón. Salió de su casa, se fue al aeropuerto y tomó el primer avión con destino al extranjero: era testigo de que el niño estaba muerto y de que, por lo tanto, había habido una sustitución para perpetuar la dinastía. (No puedo garantizar, naturalmente, la veracidad de esta información.) Pero sí es un hecho histórico que por estas preocupaciones dinásticas Haile Selassie (llamado entonces Tafari Mekonnen; el otro nombre, aunque tomado en la pila de bautismo, lo utilizaría hasta su llegada al trono) fue casado con su prima Menen, sin importar el hecho de que los dos estuviesen ya casados y con hijos, y que mostrasen alguna resistencia a unirse entre sí y abandonar a sus familias (una unión que, sin embargo, fue fructífera y al parecer feliz); de la misma forma, la Emperatriz Zauditu, coronada en 1917 —Haile Selassie fue entonces regente— era hija natural del Emperador Menelik, lo cual no impidió su coronación; la descendencia directa la dispensaba de la legiti-

dad. En este tiempo de la muy piadosa y muy conservadora Emperatriz, Tafari (Haile Selassie) hubo de conducir la lucha contra el Negus depuesto Lech Yassú (había sido excomulgado por sus tendencias a favorecer la religión islámica en lugar de la cristiana copta; su padre había sido bautizado a la fuerza, contra su voluntad, por el Emperador Juan) y desentrañar mil intrigas, mil intentos de golpes de Estado. En 1928, la Emperatriz coronó como Rey a Tafari. Murió la Emperatriz en 1930, y al día siguiente de su muerte, Tafari fue proclamado Rey de Reyes. León vencedor de la tribu de Judá, elegido de Dios. Y desde entonces comenzó a utilizar el nombre de Haile Selassie. Y a intentar un proceso

de restauración del país: unir las tribus, limar las diferencias entre sectas y religiones, modernizar algunos procedimientos. Haile Selassie había estudiado en Europa con los jesuitas franceses; el código y la administración de Napoleón le parecían útiles para su país. Centralizó, burocratizó. Redactó una Constitución que, inevitablemente, concentraba todos los poderes en la persona del Emperador, a quien correspondía elegir personalmente diputados, senadores, ministros, jefes militares, magistrados, gobernadores. Todo ello serviría para que el país fuese admitido en la Sociedad de Naciones, que tan inútil iba a ser después para protegerle de la agresión fascista.

Pero la vieja estructura, la mi-



Una calle de la capital etíope en los momentos que siguieron a la destitución del Rey de Reyes.





Los militares mismos que han derrocado al Negus no parecen querer interrumpir la fabulosa línea dinástica. Es como si necesitaran ampararse todavía en la magia que puede irradiar sobre el pueblo para evitar la anarquía.

lenaria estructura del poder no cambiaba. Al frente de cada provincia, un familiar; el Negus, un gran señor feudal. Gobernadores, funcionarios o magistrados no podían hacer más que reverenciarle e inclinarse ante él. El gran señor feudal —como el propio Haile Selassie, lo había sido en la provincia de Harar, donde fue gobernador a los diecinueve años, por herencia de su padre y de su hermano mayor— tenía todos los derechos y todas las propiedades. En vano Haile Selassie había abolido —suave, moderadamente— la esclavitud; el feudalismo lo mantenía, quizá con otros nombres (según algunos informes de las Naciones Unidas, la esclavitud existe todavía en Etiopía, donde hay abiertos mercados de hombres, mujeres y niños; no demasiado caros, por cierto). Sobre esta estructura feudal, otro poder inmarcesible: el de la Iglesia copta, extraña formación que iba desde patriarcas aristocráticos hasta monjes analfabetos, pero dotados del poder de aterrorizar a los más analfabetos, aún campesinos. Una Iglesia voraz y conservadora.

Uno de los modernismos del Negus Haile Selassie consistió en fomentar los viajes de estudios al extranjero de los niños de familias importantes, incluyendo en ellas la reducida clase media del país, con objeto de formar técnicos y especialistas, y de que recibieran algunas lecciones prácticas de europeísmo. En un principio se mandaba a los niños a estudiar a Francia, y el francés era el idioma de las élites, como era la segunda lengua del propio Negus; después de su largo exilio en Londres —hasta 1941 no volvió a Addis Abeba, reconquistada de los italianos por los ingleses—, Inglaterra era el nuevo foco de interés, y la lengua inglesa fue ganando terreno. Más tarde serían

los Estados Unidos, como consecuencia de su hegemonía mundial y de la ayuda prestada. Esta educación extranjera iba a dar frutos no pensados por el Emperador: las que debían ser clases dirigentes que le ayudasen en sus funciones de gobierno son estos militares de ahora, que después de haber absorbido la democracia y el desarrollo en otros países, y sobre todo en los Estados Unidos, donde han estado los actuales generales, quieren implantarla en su propio país.

Otro factor importante iba a comenzar, ya en aquella época, a minar la autoridad omnímoda del Negus: la resistencia. Es una constante en todos los países —sin olvidar el muy patente ejemplo de la resistencia española a la ocupación francesa en 1808— que todo movimiento de este tipo está ligado a movimientos revolucionarios interiores. Las guerrillas etíopes, que se mantuvieron durante toda la ocupación italiana y que contribuyeron muy notablemente al avance inglés sobre su territorio, no eran excepcionales. El mantenimiento de las tropas británicas de ocupación, desde 1941 a 1944 introducía también en el país un factor nuevo. Y la corriente universal de democracia arrastraba al Negus a buscar de nuevo soluciones modernas. En cierta forma también se lo imponían los Estados Unidos, de quienes recibía dinero y a quienes respaldaba en sus acciones imperiales: el Negus envió un contingente de soldados a Corea.

Para los Estados Unidos, Haile Selassie era una pieza importante. Su leyenda de resistente a la ocupación y de la reconquista de su independencia, la antigüedad de su nación, el carácter mítico que poseía, su negritud, podían convertirle en una especie de centro moral de Africa. En efecto, Addis

Abeba se convirtió en la capital de la Organización de Unidad Africana, en sede de algunas comisiones de la ONU para Africa. Decano de los dirigentes africanos, el Negus podía mediar en muchos conflictos. Por otra parte, su amistad con Israel se remontaba también por encima de los siglos: la raza dominante en Etiopía es la judía, judíos negros convertidos al cristianismo (no católico, sino copto), y han sentido siempre una solidaridad con el judaísmo. Los árabes habían sido siempre sus enemigos, pero el Negus había sabido jugar su diplomacia (o los ingleses habían hecho jugar sus intereses en la zona) para reanudar con ellos la amistad.

El revestimiento democrático se hizo mediante una nueva Constitución, en la que el Negus parecía ceder algunos derechos. Los diputados serían nombrados por elección, el primer ministro nombraría directamente su gobierno. Todo ello no pasaba de ser una pura teoría: en realidad, el Negus seguía siendo el elevado Rey de Reyes que había sido siempre, gozaba de la deificación en vida (nadie le podía mirar a la cara) y mantenía al país en el feudalismo, en la ignorancia y en la pobreza. Ni la poderosa Iglesia cedía ni la aristocracia tampoco. Se estaba produciendo un hecho diacrónico: unos elementos de modernización, una dinámica de vida, unas clases nuevas, modificaban diariamente la base del país. Los estudiantes, los jóvenes militares educados en Estados Unidos, los delegados africanos en los organismos internacionales, las embajadas, las publicaciones extranjeras, las radios, se han ido sumando a las élites educadas en el extranjero y a los movimientos revolucionarios interiores; el Emperador y la Corte de Addis Abeba no han sabido evolucionar al paso del tiempo. Se han quedado anclados en el feudalismo.

Un primer intento serio fue el de diciembre de 1960: cuando el Emperador estaba viajando por el extranjero, el propio príncipe heredero, Asfa Wossen, intentó un golpe de Estado, apoyado por oficiales de la guardia imperial. Los militares sublevados practicaron algunas detenciones, el príncipe leyó una proclama, se anunció un importante programa de reformas. Pero el poder feudal era todavía importante: los revolucionarios se vieron enfrentados a otras fuerzas militares, y el propio Haile Selassie regresaba a la capital de su país, desde el Brasil. La presencia del Emperador mítico fue poderosa. Los principales rebeldes fueron ahorcados. Pero el Negus rehabilitó a su hijo mayor, por el honor de la dinas-

tía. Le convenía asegurar que la proclama que había leído estaba redactada por otros, y que si parecía haberse sumado a la rebelión era, en realidad, para luchar contra ella desde dentro.

Aquel momento de 1960 significó un retroceso aún mayor del Negus; ya no se cuidó de simular ninguna modernización. Su poder era solitario, debía desconfiar de todo y de todos. Le quedaban la irradiación mágica y supersticiosa y su capacidad antigua para intrigar y deshacer intrigas.

Pero la magia estaba alcanzada, herida. Los estudiantes, los jóvenes, no han cesado desde entonces de mantener, en manifestaciones o clandestinamente, su oposición a la tiranía. Las nuevas clases se han ido fortaleciendo. Y, finalmente, el Negus ha ido perdiendo parcialmente, a diminutos trozos, su poder. Ha sido un golpe de Estado que ha durado meses. Los propios militares que se alzaron en febrero han dudado en atacar directamente a la persona del Negus y su poder: pretendieron primero que era víctima de quienes lo rodeaban, que la propia elevación de su rango le impedía conocer la verdad de un país con los niveles más agudos de miseria de Africa, analfabeto, cuya hambre endémica se ha agravado con la sequía general africana; atribuyeron primero a cortesanos y feudales la dilapidación de las ayudas de otros países, pero poco a poco fueron acusando al propio Negus de manipulaciones económicas, de haber creado una inmensa fortuna personal a costa del pueblo. Prácticamente, el golpe de Estado ha durado siete meses; como si una dinastía milenaria tuviera también un templo especial, un ritmo propio para desaparecer.

Los militares mismos no parecen querer interrumpir la fabulosa línea dinástica, como si necesitaran ampararse todavía en la magia que puede irradiar sobre el pueblo para evitar la anarquía. La posibilidad de que el príncipe Asfa Wossen, el que se rebeló en 1960, regrese de Suiza para fundar una monarquía constitucional abierta, es ahora probable: en 1973 sufrió una hemorragia cerebral que paralizó una parte de su cuerpo, pero los médicos determinan que su inteligencia no ha sido alcanzada y que está en disposición de gobernar. De no ser él, sería su hijo —nieto del Negus— quien tomaría este poder. Pero siempre bajo la sombra de los militares, que prometen una democratización completa, un sistema electoral que se inaugurará dentro de un año que, en ciertos temas, parecen estar siguiendo la lección de sus compañeros de armas en Portugal. ■